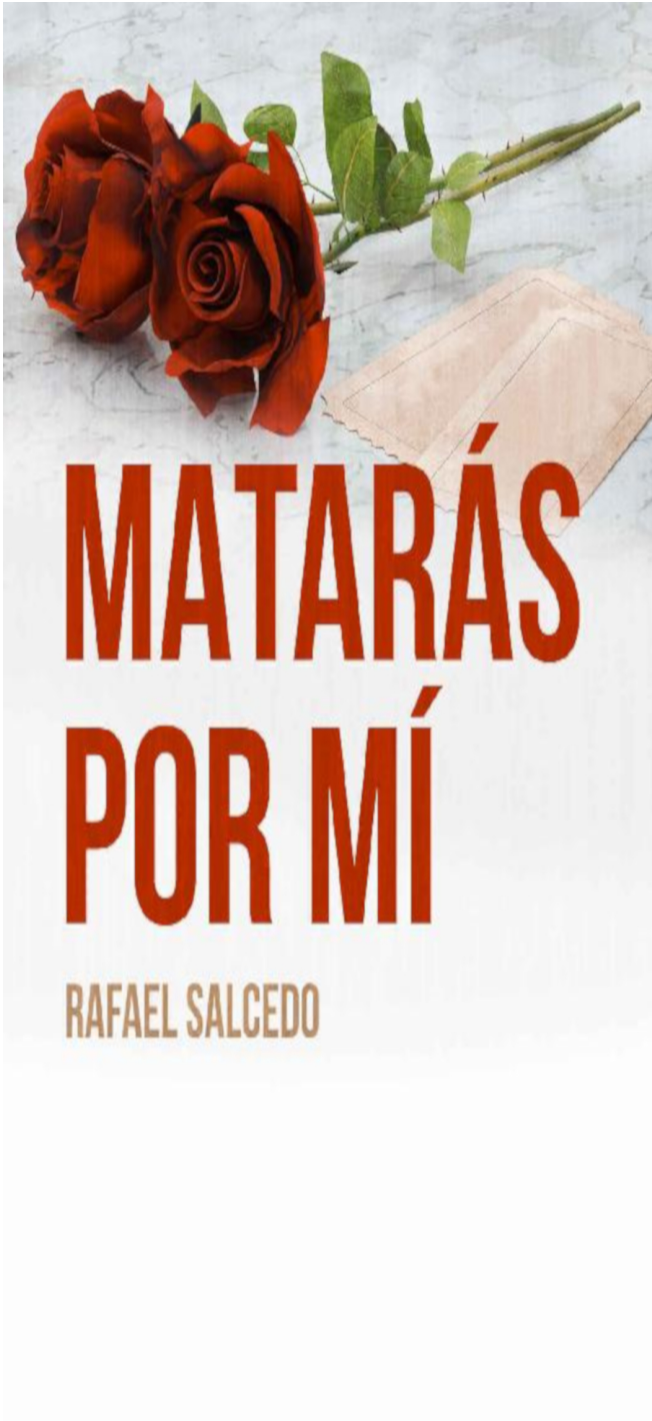




MATARÁS POR MÍ

RAFAEL SALCEDO



MATARÁS POR MÍ

Una obra original de
Rafael Salcedo Ramírez

© RAFAEL SALCEDO RAMÍREZ 2018. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

© RAFAEL ALEJANDRO SALCEDO GARROTE. 2018. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de la imagen de la portada de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

“La sola idea de que una cosa cruel pueda ser útil es ya, de por sí, inmoral.”

Marco Tulio “Cicerón”

PRÓLOGO

-¡Salem! ¡Salem!- exclamó Ana María Cienfuegos una y otra vez bien enojada, sopesando en su imaginación qué tipo de castigo tan doloroso como humillante infringiría a esa bola peluda negra azabache, de ojos verde esmeralda y una mirada tan misteriosa como sus acechos mientras andaba de acá para allá por el piso, observándole en silencio con los bigotes tiesos y sus minúsculas orejas puntiagudas enfocadas hacia ella, siguiéndole de estancia en estancia con curiosidad felina sin que su silueta le delatase.

En tanto rastreaba concienzuda como tantas veces los rincones preferidos del minino en cuestión, donde éste solía guarecerse sin que jamás advirtiera sus obtusas maquinaciones, Ana María -una madrileña treintañera, menuda, de facciones pequeñas que daban protagonismo a sus grandes ojos de un color cercano al de la miel, destacando éstos sobremanera en su rostro de sonrisa perenne, si bien en ese instante desdibujada por el enfado- se encontraba en ese momento al borde del ataque de nervios. Y es que, endosada en su día aquella mini bestia gatuna por causa matrimonial, no se había acostumbrado todavía a sus formas tan enigmáticas y, si estás le incomodaban, aún más lo lograban las miradas escrutadoras que le echaba imaginándole cómo en su pequeño cerebro calculaba las posibilidades de burlarle, cuando no realizar alguna trastada que alterase sus planes y, en mayor medida, su tranquilidad.

-¡Maldito gato! ¿Dónde te has metido esta vez, pequeño diablo negro?- le gritó Ana María perdiendo un poquito más esa paciencia de la que se enorgullecía, pero quebrada por aquella mascota de la cual renegaba con todas sus fuerzas muchas veces cada día y con la que, en alguna ocasión similar a la que vivía en esos instantes, había fantaseado recetarle un final cruel y despiadado.

No obstante, esos desvaríos, esos prontos furibundos de Ana María desaparecían en cuanto "Salem" le lanzaba uno de sus musicales y tiernos maullidos -que remedaban la voz de un pequeño en apuros- aparte de rozarse en sus piernas con el rabo enhiesto enroscándose en las rodillas, pareciendo que el bicho peludo leía el pensamiento de ella tan poco halagüeño para sus intereses y, de esa forma tan aparentemente inocente, conchabarla para que siguiese a futuro aguantando sus maneras traviesas y un tanto embusteras, amén de proporcionarle succulentas latas de la más fina comida felina, con las cuales seguir disfrutando de genuinos banquetes de exclusivos alimentos "gourmet" con los que se relamía asomando su pequeña lengua rosácea, delgada y flexible que llevaba, una vez la panza repleta, hacia sus hocicos todavía empapados de las exquisiteces gatunas para, ya bien satisfecho, a continuación ronronear placentero.

Tras recorrer dos veces los doscientos cincuenta metros cuadrados del piso, regalo de boda de sus padres en su día aportado como heraldo de la magra dote y más cuando estaba situado en el sitio más exclusivo del barrio madrileño de Salamanca, Ana María tuvo la constancia de que su empeño era vano y el micifuz había tomado, como en otras ocasiones, las de "Villadiego" arrastrado por los efluvios de alguna gatita en celo de la vecindad.

Por lo tanto, la joven decidió recurrir -no sin sentir cierto apuro por las reiteradas escapadas de "Salem"- a Evaristo, quien resultaba ser el conserje del edificio, y también a su misma paciencia ya que se trataba de un alma cándida a la cual conocía desde que tenía uso de razón.

-Muy buenos días, Doña Ana María ¿Qué se le ofrece?- escuchó ésta, tras descolgar el telefonillo interior y marcar el número de la portería, una vez Evaristo identificó de dónde le requerían.

-Evaristo, buenos días. Discúlpeme, pero tengo que pedirle me ayude una vez más y...-

-Bueno, señora, no hace falta que siga- le interrumpió jocosamente el conserje -¡Otra vez ese gato!-

-Me da hasta vergüenza, Evaristo y...-

-¡Nada, señora! No se preocupe. Está uno acostumbrado. Además, que no se sienta usted mal porque ya sabe cómo le echo el lazo siempre a la primera-

-Si no fuera por usted, Evaristo...-

-No, no. No crea tengo algún poder especial. Verá, es que Doña Leonor, quien vive en el entresuelo, en vez de gato pues tiene gata. O sea, que ya se imaginará usted. Nuestro "Don Juan" bigotudo, nada más ve la oportunidad, sale disparado desde la ventana del lavadero dando uno de sus ágiles saltos. Así que, tranquila, enseguida me acerco al pa-

tinillo donde andará seguro pavoneándose y olisqueando su querencia, que huele desde la primera planta donde vive usted. No se preocupe, que le echo el guante para súbsele de inmediato-

-¡No sabe cuánto se lo agradezco, Evaristo! Es usted un ángel. Tengo que salir dentro de poco y lo que me faltaba era esto-

-Pues relájese y deje todo en mis manos. Antes de que se marche, le entrego a ese truhan peludo-

-Muy bien, Evaristo. Gracias de nuevo y hasta ahora- contestó finalmente Ana María, cuyo rostro aparecía ya relajado, dejando en manos de alguien de confianza la incomodidad de andar rastreando al dichoso bicho, al cual había tenido que acoger por el cariño, cuando no obsesión, que sentía por él su marido o -más cerca de la realidad- su ex marido. Y es que, desde hacía ocho meses, había pasado a esa situación la relación que mantenía con él. Precisamente aquellas prisas no eran por otra causa que la celebración, en el plazo de pocos minutos durante esa misma mañana, de la vista de su divorcio en el Juzgado de Familia.

Ana María, en aquellos pensamientos y al cruzar la salita cuajada a medias de libros y fotografías enmarcadas, se detuvo delante de una de éstas en la que aparecía con él en uno de aquellos días de vino y rosas en los cuales ambos habían sido almas gemelas, juramentado su amor por toda la eternidad y sus rostros de felicidad -también de inocencia juvenil- podían verse como dotados de un halo mágico que les envolvía.

Por un momento, las lágrimas hicieron intento de asomarse a sus ojos, incluso un ligero tembleque se adueñó de los labios; aunque pasó raudo ese instante de debilidad provocada por la más profunda melancolía, quizás de una sensación nostálgica contenida, tal vez amarrada no sin esfuerzo en lo profundo de sus sentimientos que, incluso con el dolor causado por los acontecimientos de los años siguientes, permanecía latente como rescoldo de un apasionado romance.

Ana María, saliendo del ensueño, sobreponiéndose a la desazón de los recuerdos, tanto los gratos como los dolorosos, los entrañables como los iracundos, fijó sus ojos en el calendario de sobremesa y observó cómo marcaba señalado en rojo aquel mismo día de diciembre de 1981, recordando cómo la aprobación de la Ley de Divorcio el pasado mes de agosto había supuesto el comienzo del final de su relación. Luego, llevando la mirada hacia el carillón, alarmada entendió cómo el tiempo que tenía para prepararse y cruzar la ciudad hasta los juzgados era ya mínimo.

Veinticinco o, a lo sumo, treinta minutos era el margen y eso hizo que no perdiera ni un segundo más en pensamientos, incluso remordimientos, dejando de remover aguas pasadas que jamás podrían mover los molinos del destino que, en su día, le llevó por una senda trufada de desazón, desesperación y tristeza que, andando el calendario y con otras circunstancias, había girado del lado de la desdicha al de la esperanza y del borde del abismo amenazador hacia el umbral de un edén terreno donde la armonía inundaba los corazones de sus moradores.

Precisamente ese día -remarcado en rojo de manera insistente y por mucho tiempo temido durante inacabables jor-

nadas en la más insufrible soledad- había mutado en uno de felicidad, donde la ilusión parecía desbordada en su corazón cansado de la aflicción, rendido al desconsuelo, traspasado tantísimas veces por el mismo quebranto, hastiado de tanta tribulación. Y justo ese momento había llegado al fin mirándole de frente, con la promesa en los labios, con el palpito de la ventura de lo venidero que borrarase con fuerza los pesares de un pasado ya olvidado.

Entre cábalas, entre proyectos de futuro, entre un remolino de anhelos girando en un sinfín armonioso mientras una dulce melodía parecía acompañarles, en tanto su mente volaba libre, Ana María, desconectada del cuerpo y desafiando al espacio-tiempo, se adentraba en ese futuro cuajado de expectativas donde la oscuridad había sido derrotada, con bravura desatada, por la misma Luz.

Al mismo tiempo que sentía ganas de gritar al mundo cómo había regresado de ese averno injurioso, de ese infierno de la incomprensión, de ese castigo de la propia sinrazón, de esa desigual lucha contra sus propios miedos venciénolos en singular combate -traspasando con fuerza el corazón de sus inseguridades, batallando para vencer su propio desaliento, plantando cara al temible desánimo como llaga punzante, como herida supurante- Ana María observó sus propias manos cómo temblaban, sintió en sus entrañas un vacío que le dejaba sin fuerzas, temió por sus piernas temblorosas y, sin embargo, su pecho desbordaba dicha; su rostro, la misma bonanza.

Un sonido logró que ese carrusel de sensaciones se volatilizara como cendal de bruma, dejando su cuerpo atado a la materia de nuevo, recobrado aquél y dispuesto para la coti-

dianidad aunque, muy pronto, también para el mismo goce que aguardaba tras las pocas horas que le separaban.

Así, Ana María recorrió el piso hasta la misma puerta de entrada donde, con el corazón en un puro pálpito de felicidad, sin más cautela, vibrando cada átomo de su cuerpo, la abrió girando el pomo sin esperar ni siquiera a ver quién era, dándose la vuelta y desandando acelerada el camino por el pasillo.

-¡Vamos, adelante, Evaristo! Por favor, lleve el gato al salón que enseguida voy. Esto es una locura ¿Sabe? Apenas me quedan diez minutos para salir hacia el juzgado, así que disculpe que ni me pare a darle las gracias y todo por ese minino diabólico que me ha hecho perder tanto tiempo- dijo Ana María, hablando desde el final del pasillo a la persona que cruzó el umbral, sin más recibimiento que aquella retahíla nerviosa.

-¡Evaristo, por favor, aguarde un momento y no se vaya! Quiero compensarle por todas las veces que le tengo que molestar y también por su paciencia conmigo ayudándome con las travesuras de "Salem" ¡Y no quiero un "no" por respuesta, como siempre me hace!- siguió Ana María hablando en voz alta, ya desde su habitación *-Suelte al gato, tome asiento y ponga la tele si le apetece aunque, para lo que hay que ver mejor le recomiendo hojee algún libro o, incluso, revistas que hay encima de la mesa del salón-* añadió Ana María sin dejar de parlotear en tanto se embellecía para la vista en el Tribunal, aunque sin alharacas y eligiendo un modelito sin demasiado glamour y unos zapatos de tacón mediano para la ocasión. Sin embargo, los complementos no pensaba rebajarlos una micra, por cuanto eran algo como un sello de la casa para ella.

Enfrascada en la elección de éstos, Ana María observó de qué manera la blusa que ya tenía encima presentaba una leve mancha justo en todo el centro del tejido. De tal forma que inició la maniobra, tras jurar en arameo, de desabrochar los botones para cambiarse, momento en el cual y cuando ya llevaba una par de aquéllos, sintió un fuerte golpe en su cabeza.

Ana María creyó, teniendo aún consciencia de lo que ocurría y sus ojos permanecían enviando información al cerebro, que el mismo techo se había derrumbado e íntegramente le había caído encima sin previo aviso. Hasta se preguntó qué tipo de cascote le había golpeado. Quiso, incluso con un intenso dolor, girar la cabeza para comprobarlo pero un nuevo golpe, aún más fuerte, le pareció había logrado abrir un boquete en su coronilla; hasta el punto de que sintió con precisión cómo la sangre emanada resbalaba tibia y apresurada por su nuca para luego, tomando velocidad, seguir camino por la espalda rumbo a las extremidades inferiores tras salvar aquélla.

Ana María comprobó cómo su vista aún permanecía activa, aunque comenzaba a ver doble y eso le incomodó aún más que el dolor, el cual se había hecho insoportable. De tal modo que logró darse la vuelta y comprobar cómo su atacante inesperado blandía todavía en su mano derecha uno de los trofeos de su padre, de consistencia marmórea rematado con plata bellamente repujada en sus extremos.

-¿Por qué?- atinó Ana María a balbucear mirándole a los ojos en tanto los suyos parecían querer cerrarse para siempre, aguantándolos abiertos haciendo acopio de fuerzas de manera titánica con tal de buscar -en la expresión de quien

le acababa de abrir el cráneo en canal- una respuesta lógica a su acción; la cual, activo su entendimiento aún, seguía creyendo inconcebible.

Ana María, tras ese esfuerzo estéril, comprendió en apenas un segundo, que fue lo que tardó en llegar a su cabeza el tercer y definitivo golpe, cómo su vida se cerraba en aquel momento y, aferrándose a ella pudo ver -durante un brevísimo lapso, tal vez con morbosa curiosidad- cómo su masa encefálica saltaba por los aires y se mezclaba con la sangre que, a borbotones indecentes, brotaba de su propio cráneo desecho. No obstante, no fue esa la imagen postrera y sí el rostro de satisfacción de quien le arrebatava su vida y, por tanto, su futuro.

Ana María percibió el mundo deshacerse de manera lenta, tal si la materia se desgranara en una miríada de minúsculos trozos desparramados de manera caótica haciéndose añicos entre sí, dejando al momento un inconmensurable vacío negro y profundo donde el silencio reinaba acallando el murmullo vigoroso de la vida, extinguida en sus dominios más allá de la comprensión de los mortales.

-¡Daniel! ¡Daniel!- le pareció, de manera inocente, a Ana María que sus labios inertes pronunciaban con insistencia el nombre de aquél a quien su corazón había amado hasta la extenuación, hasta ese segundo postrero de la iniquidad, hasta ese momento supremo del final del camino en aquel mundo delirante de materia y dolor, de angustia y pesar del cual se sintió aliviada al comprobar cómo su alma liberada rompía la cadena que le sometía y un inmarcesible éxtasis ocupaba por completo su entendimiento, empujándola hacia el mismo vacío donde una poderosa Luz ganaba intensidad de manera gradual y esa fuerza arrolladora tiraba de

ella sin que pudiese oponer resistencia, presintiendo no obstante cómo la eternidad -agazapada en aquella insondable negrura- le esperaba.

Por un momento, Ana María intuyó cómo esa fuerza, etérea, misteriosa, inaccesible, invisible, intocable, se apiadaba de ella y, durante una milésima de segundo, le insufló eso que ella misma comprendió era un pedacito de vida, apenas un parpadeo, ni siquiera el aleteo de una mariposa recién nacida, torpe e insegura, pero que bastó para que pasaran -tal como en una vertiginosa estela de diapositivas- todos y cada uno de sus momentos de existencia, a los que creyó poder aprehender dándose cuenta de su vano deseo, inútil ante la celeridad de aquella sucesión que avanzaba sin poder asirla, escurriéndose artera sin que consiguiese apartar los instantes inolvidables preñados de felicidad y, por el contrario, desdeñar los dolorosos que tanto mal le hicieron. Antes de que el último fotograma llegase a esa especie de entendimiento, el cual se esfumaba de la misma forma que toda su vida, la negrura se hizo más intensa, el silencio acalló con su poderosa fuerza hasta lo inabarcable y, poniendo el punto y final, la Luz pareció ocupar cada átomo, cegándole primero y luego envolviéndole cariñosa para llevarle presta hasta la inmensidad de lo eterno.